

Y a la Ciencia Política, ¿debiera importarle algo de todo esto que está pasando?*

Political Science, should it care about what is going on?

Pedro Chaves Giraldo

Investigador del IELAT / Coordinador de *Le Monde diplomatique* en Español

ORCID ID 0000-0003-2214-4315

pedro.chaves09@gmail.com

Cita recomendada:

Chaves Giraldo, P. (2021). Y a la Ciencia Política, ¿debiera importarle algo de todo esto que está pasando?. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 21, pp. 215-237.

doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2021.6346>

Recibido / received: 05/04/2021

Aceptado / accepted: 05/09/2021

Resumen

El enunciado de Tocqueville de 1835 según el cual “necesitamos una nueva ciencia política para un mundo nuevo” se muestra, hoy, de enorme actualidad. Las modificaciones sustanciales producidas por tres décadas de neoliberalismo han cambiado de manera radical los procesos, las estructuras y los actores que la Ciencia Política estudia. Entre los resultados a considerar: un retroceso democrático sin precedentes desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los síntomas de ese malestar democrático se ejemplifica en el crecimiento electoral de partidos de extrema derecha a lo largo de todo el globo aunque en nuestro trabajo nos centraremos en Europa. La consolidación de las llamadas democracias iliberales es una manifestación de esa descomposición lenta y silenciosa de la democracia. La Ciencia Política tuvo a la democracia, su defensa y mejora, como un objetivo central de su disciplina desde su nacimiento; de hecho su vitalidad e independencia se relaciona con la vitalidad y calidad de la democracia misma. En el artículo defendemos que no hay verdadera Ciencia Política al margen de la condición y calidad democrática de nuestros sistemas políticos. Los diferentes modelos de autoritarismo terminan por convertir la Ciencia Política en una técnica de gestión del poder. En este contexto, las aportaciones de la Teoría política pueden resultar de la mayor importancia en este momento.

Palabras clave

Ciencia Política, democracia, crisis.

* Agradezco muy sinceramente los comentarios, observaciones y críticas que las personas que han revisado este artículo han tenido a bien hacerme llegar. El artículo es mejor gracias a ellas. Los errores e insuficiencias siguen siendo mi responsabilidad. Por otra parte, este artículo se sirve de algunas aportaciones propias incluidas dentro del Informe: La Extrema derecha y el antifeminismo en Europa. <https://espacio-publico.com/wp-content/uploads/2021/06/Informe-version-final.pdf>.



Abstract

Tocqueville's 1835 statement that "we need a new political science for a new world" is now extremely topical. The substantial changes brought about by three decades of neoliberalism have radically altered the processes, structures, and actors that political science studies. Among the results to be considered: a democratic regression unprecedented since the end of the Second World War. The symptoms of this democratic malaise are exemplified by the electoral growth of extreme right-wing parties across the globe, although in this paper we will focus on Europe. The consolidation of so-called illiberal democracies is a manifestation of this slow and silent decomposition of democracy. Political science has had democracy, its defence and improvement, as a central objective of its discipline since its birth; indeed, its vitality and independence is related to the vitality and quality of democracy itself. In the article we argue that there is no true Political Science apart from the democratic condition and quality of our political systems. The different models of authoritarianism end up turning Political Science into a technique of power management. In this context, the contributions of political theory may be of the utmost importance at this point in time.

Keywords

Political science, democracy, crisis.

SUMARIO. 1. Introducción. 2. Una Ciencia Política para tiempos convulsos. 3. Las democracias iliberales y la Ciencia Política. 4. Y a la Ciencia Política, ¿debería importarle todo esto?

1. Introducción

Decía Leo Strauss (Strauss, 1962) que la Ciencia Política contemporánea le recordaba a Nerón tocando la lira mientras Roma ardía. Aunque dos hechos excusaban a la disciplina social: no es consciente de estar tocando la lira y desconoce que Roma arde.

No se me ocurre un modo más cruel de poner de relieve la inanidad –en opinión de Strauss– de una ciencia incapaz de saber lo que hace, lo que se trae entre manos, y de comprender, en el sentido de ser consciente, los acontecimientos del exterior.

La Ciencia Política ha crecido dividida entre un enfoque conductual y positivista de su disciplina, orientado a acercarla tanto como sea posible al ideal metodológico de las ciencias físicas y una visión que reivindica una perspectiva normativa de la política vinculada a la *polis* y a las preguntas: ¿cuál es el mejor régimen político posible? ¿cuáles serían sus fines y cómo hacer para conseguirlos? ¿es posible encontrar una teoría de la Justicia acorde con los presupuestos morales de nuestros sistemas democráticos? (Costantino, 2019; Wences, 2015).

Entre las damnificadas por el giro positivista de la Ciencia Política en Estados Unidos se encontró la Teoría Política, cuya metodología y existencia misma fue sometida a sospecha (Maiz, 2015). La tragedia de esta Ciencia Política (Ricci, 1984) ha revitalizado la preocupación por las cuestiones sustantivas, es decir, aquellas que, finalmente, son las que deben importar a la sociedad y a las que la Ciencia Política debe servir. En este punto la Teoría Política «importa» (Wences, 2015b) y en este artículo defiende la necesidad de reevaluar la articulación entre los diferentes contenidos de la disciplina con el fin de contribuir a mejorar la calidad de nuestros sistemas democráticos.

Este artículo quiere explorar los desafíos de la Ciencia Política en un entorno convulso y de retroceso democrático o des-democratización (Krizsan, 2019) en muchos países. Se intenta explicar el significado de ese retroceso democrático, los desafíos que propone y la inanidad de una ciencia política que intenta mantener un perfil de objetividad y neutralidad al margen del colapso democrático, de la creciente desigualdad, de la polarización política y social o de la irrupción de las llamadas democracias iliberales que, entre otras muchas cosas, subvierten los principios constitucionales de la división y equilibrio entre poderes, desprecian los derechos de las minorías y proponen un modelo nacional articulado alrededor de un nacionalismo conservador homogéneo y un ideal patriarcal de la familia. El artículo intenta alertar sobre los riesgos de esta situación y sobre la necesidad de recuperar el pulso normativo a favor de lo que debe ser considerado una buena sociedad como condición para una Ciencia Política que no sea, solamente, una técnica para el mantenimiento del poder.

En cualquiera de las acepciones posibles, la Ciencia Política trata del poder, de su tenencia, de su uso, de su relación con la sociedad a la que dirige o lidera y de la distribución de recursos. En un contexto de sociedades divididas de acuerdo a diferentes criterios –sociales, laborales, económicos, raciales, identitarios, etc. –, la toma de decisiones por parte de los poderes públicos genera ganadores y perdedores de manera inevitable. Alrededor de esta evidencia nuestra disciplina se ha dividido entre quienes buscaban acumular datos y evidencias para intentar encontrar regularidades y, a partir de estas, leyes sociales con condición de universales, de una parte; y, de otra parte, quienes se interrogaban por si las decisiones y las consecuencias de las mismas se ajustaban a ideales sobre una gestión social adecuada a normas y valores (Zolo, 2007).

Una parte de los interrogantes alrededor de la Ciencia Política tienen que ver con el giro conductual de la disciplina entre los años 40 y 60 del siglo pasado. Una iniciativa proveniente de Estados Unidos y que buscaba basar en datos y hechos incontestables el análisis de los acontecimientos políticos, de las decisiones de los actores y del funcionamiento institucional. Las dos convicciones subyacentes a este enfoque son, tal y como señala Wences (2015, p. 30), en primer lugar, la convicción de que lo central para el análisis es el comportamiento observable (individual o de grupo) y que, en segundo lugar, las explicaciones derivadas de la observación pueden someterse a comprobación científica. Este abordaje de los problemas socio-políticos minusvaloraba los problemas de ambigüedad, carga valorativa y vocación prescriptiva de las Ciencias Sociales; e ignoraba que una de las justificaciones esenciales de las Ciencias sociales es intentar dar respuesta a los grandes problemas sociales, en particular el funcionamiento de los sistemas democráticos (Wences, 2015, p. 2). La obsesión por el método disfrazaba, en opinión de Wolin (2000), un ideario conservador al servicio del poder.

Algunos de los autores que promovieron este enfoque optimista sobre el alcance de la Ciencia Política, David Easton o Gabriel A. Aldmon, son también los protagonistas de la llamada «década del desencanto» (Zolo, 2007, p. 54), que culminó con la publicación del volumen «La Tragedia de la Ciencia Política» (Ricci, 1987) y «Ciencia Política en los Estados Unidos. Pasado y Presente» (Easton, 1985). Dos textos con una severa autocrítica sobre el desarrollo de la disciplina.

La autocrítica hace referencia a los problemas específicos que la política plantea y a la necesidad de tomar en consideración las decisiones sobre los fines, los límites y el sentido mismo de la política. Por otra parte, el empeño en imitar a las ciencias naturales impone elevados niveles de rigor en el procedimiento científico y

una frustración manifiesta vista la poca relevancia de los resultados alcanzados, su escasa capacidad para generar perspectivas y su vacuidad explicativa.

A pesar del persistente interés por el rigor metodológico y por la neutralidad analítica, lo cierto es que no es posible eludir el problema normativo y, con ello, la tensión científica propia de una disciplina donde el binomio poder-democracia juega un papel tan central. Como señala Ramón Maiz (2015, pp. 99-100), no es posible, en primer lugar, eludir el juicio político y normativo que plantea la selección del problema. Pero, en segundo lugar, también en la conducción de la investigación empírica aparece la dimensión política y normativa. Por último, las Ciencias Sociales tienen como tarea responder a las cuestiones políticas y sociales que apremian a las sociedades.

Tal y como se refleja en el libro de Ricci (1987, p. 176), es la irrupción de nuevos y agudos problemas socio-políticos y la insatisfacción con el funcionamiento de los sistemas democráticos¹ lo que produce un cambio en el mundo académico en una «era postconductista». Estos factores, nuevas reflexiones y nuevos enfoques terminan por quebrar el frágil consenso que daba sentido a la preeminencia del conductismo en la Ciencia Política.

Por su parte, Easton realiza una crítica radical del programa conductista de la Ciencia Política en Estados Unidos, reconociendo que la neutralidad ideológica pretendida tenía mucho que ver con el éxito del fin de las ideologías y con el mito que ocultaba: el peso de la ideología democrático-conservadora. Al mismo tiempo, este estatuto de neutralidad supuesta del científico político le permitía eludir posicionarse en momentos de persecución policial y política vinculados al macartismo en este país (Easton, 1985).

Según Easton, la falta de éxito de la ciencia política conductista se debe a su subestimación de las transformaciones reales en la sociedad estadounidense, a su incapacidad de previsión social, a su escasa atención a la dimensión histórica, a su confianza en una dogmática concepción del «método científico», deducida del neopositivismo, y a su ingenua creencia en la neutralidad valorativa de la ciencia.

En un sobradamente conocido texto sobre el devenir de la Ciencia Política, Sartori (2005) se interroga sobre el estatuto de esta ciencia después de la Segunda Guerra Mundial y sobre su proceso de americanización en paralelo a su creciente irrelevancia. Sartori defiende la utilidad de haber defendido la condición de Ciencia frente a la más ambigua de Estudios políticos. Ahora bien, se interroga críticamente sobre la proximidad a la economía y concluye que «la ciencia política dominante ha adoptado un modelo inapropiado de ciencia (extraído de las ciencias duras, exactas) y ha fracasado en establecer su propia identidad (como ciencia blanda) por no determinar su metodología propia» (Sartori, 2005, p. 11). En particular, Sartori critica la «irrelevancia precisa» a las que nos está conduciendo el cuantitativismo. Su conclusión no podía ser más pesimista: la ciencia política, la estadounidense como referencia, no va a ningún lado, es un gigante que sigue creciendo con los pies de barro.

¹ «The civil rights movement, the Vietnam War, urban riots, political assassinations, disclosures about the CIA, the student rebellion, the rise of the New Left, the drug culture, the feminist revolt, antiwar demonstrations, Earth Day, the Watergate affair, the oil embargo, large-scale unemployment together with intractable inflation: these affairs, and many more, crowded upon the historical stage, all the while suggesting pessimistic lessons unreflected in the liberal matrix. As a result, many Americans came to suspect both their country's theory and its practice of democracy» (Ricci, 1987, p. 176).

En el número especial de la revista de Ciencia Política² dedicado a este debate, la respuesta viene de parte de David D. Laitín (2005), que defiende la calidad, el internacionalismo y la importancia de la disciplina en el mundo real.

El profesor Laitín comparte tres programas de investigación que darían cuenta de esa diversidad y relevancia de la Ciencia Política. Menciona el debate normativo alrededor de la Teoría de la justicia de J. Rawls como un empeño por enriquecer y ampliar el liberalismo. En segundo lugar, las implicaciones de la teoría del votante medio de Duncan Black con el objetivo de mejorar temas relativos a la representatividad y rendición de cuentas. Señala, por último, con gran entusiasmo:

con base en amplios datos longitudinales y transversales de los que no se disponía antes, en programas de cómputo inimaginables una generación atrás y en desarrollos teóricos en la econometría, los científicos políticos están cumpliendo un sueño de los fundadores de la revolución conductista (Stein Rokkan, S. M. Lipset y Karl Deutsch) al explorar sistemáticamente las fuentes de la democracia y el orden político (Laitín, 2005, p. 16).

Visto en perspectiva, el artículo de Laitín muestra hasta que punto las investigaciones cuya relevancia quiere destacar son, cuando menos, coyunturales y muy vinculadas a demandas político-institucionales específicas, además de no poder escapar a cuestiones de carácter valorativo.

Efectivamente, el debate alrededor de la «posición original» de Rawls dio lugar a un rico intercambio de intervenciones donde se abordan y plantean cuestiones como igualdad, bienes y preferencias. Pero es difícil encuadrar este debate, justamente, en los marcos de la Ciencia Política a la que Sartori se refiere y que Laitín defiende. Si lo ponemos en relación con los otros dos casos que Laitín propone, donde priman la cuantificación, la observación medible y la relación numérica entre variables; este debate se correspondería más bien con la Teoría Política donde no se renuncia a la condición normativa de la investigación y a la voluntad de conceptualización (Wences, 2015).

Los otros dos debates ponen de relieve las limitaciones de la investigación cuantitativa desvinculada de explicaciones del contexto y de cambios institucionales y sociales de calado. Ambos estudios y algunas de sus conclusiones más relevantes se han visto desbordados por una realidad reacia a someterse a correlaciones numéricas. La teoría de Duncan Black, desarrollada posteriormente por Anthony Downs en su *Teoría Económica de la Democracia* ha sido, durante años, el gran referente de la justificación de la búsqueda del centro político. La desigualdad, la emergencia de un sentimiento de ira y desapego expresado en las urnas y la polarización política subsecuente se han llevado por delante este esquema de interpretación del comportamiento electoral. Otras cuestiones asociadas a esta teoría como el papel de los partidos políticos, políticas públicas, agencias, votante medio y/o legislador medio se han perdido en una llamativa irrelevancia.

La última de las investigaciones vincula PIB y democracia en una relación virtuosa, según la cual, alcanzado determinado nivel de riqueza el país estabiliza sus sistemas democráticos. Los datos de la época a los que Laitín alude (2005, p. 19) y su relación con los factores estabilizadores de la democracia pondrían de manifiesto la irrelevancia de la religión o de los elementos culturales. Dice Laitín: «Lo interesante de estos estudios (junto con los del surgimiento de la democracia) es que las variables

² Me refiero al número 12 de *Revista Española de Ciencia Política*, de abril de 2005.

a que se refieren las “líneas divisorias de civilización” o la “cultura” han tenido muy poco o nada de poder explicativo» (*Ibid.*).

La emergencia de liderazgos autoritarios en países democráticos, incluido Estados Unidos; la estabilización de los modelos de democracia iliberal en Hungría, Polonia, Turquía o Rusia, y el retroceso evidente de las instituciones y cultura democrática en estos países, ha alertado sobre y obligado a repensar la relación entre los diferentes factores: economía, instituciones, políticas públicas, creación y distribución de riqueza, etc. Uno de los elementos más destacados de este cambio de situación tiene que ver, precisamente, con el nuevo papel público de la religión.

Przeworski, por su parte, defiende que en las dos últimas décadas se han producido tres grandes transformaciones que han desencadenado dos consecuencias. Las grandes mutaciones son: a) el declive de las tasas de crecimiento económico en los países desarrollados; b) el incremento de la desigualdad de ingresos entre individuos y hogares, así como el declive del trabajo manufacturado, y c) el declive del empleo industrial y el incremento de los trabajos con baja remuneración en el sector servicios (Przeworski, 2019, p. 103).

Las dos consecuencias que Przeworski señala se refieren al estancamiento de los bajos salarios y a la erosión de la creencia en el progreso material. El colapso del optimismo generacional (la convicción de las jóvenes generaciones de que ellas vivirán peor que sus progenitores) plantea un desafío civilizacional de amplia escala. Estaríamos ante el fin de las expectativas de progreso ilimitado –al menos en los países centrales del sistema global- que ha sido uno de los factores de estabilización de los sistemas políticos más importante después de la II Guerra Mundial. Las dos explicaciones a estos cambios, que el autor propone, son: en primer lugar, la globalización; y en segundo lugar, «el auto-golpe que la burguesía asesta al compromiso de clase surgido de la segunda guerra mundial». Dice nuestro autor: «...esta ofensiva de la Derecha fue premeditada, planeada, vigorosamente promovida por todo tipo de think tanks, y coercitivamente extendida bajo la influencia de Estados Unidos y de las instituciones financieras internacionales, codificada como “Consenso de Washington”» (Przeworski, 2019, p. 112)³.

Cito ampliamente a Przeworski porque es el autor al que Laitín hace referencia cuando alude a los estudios que, a partir de datos estadísticos, vinculan PIB, democracia y estabilidad institucional. El análisis que ahora nos ofrece Przeworski incorpora esa dimensión difícilmente reducible a variables numéricas de la política que es la voluntad de los actores y el aprovechamiento del marco institucional y estatal en sociedades atravesadas por conflictos sociales, identitarios o de género. El alma conflictual de la política se resiste a ser reducida a datos y correlaciones.

Esta pérdida de fe en el progreso material no puede dejar de tener consecuencias cognitivas con un fuerte impacto en la Ciencia Política. En un informe publicado por varios autores (Lewandosky *et.al.*, 2017) se señala la novedad de una situación donde amplias capas de la población viven en un espacio epistémico que ha abandonado los criterios convencionales de evidencia, consistencia y búsqueda de los hechos. En la era de la post-verdad, la confusión impulsa a la gente a escoger su propia realidad como referencia de verdad, de manera que los hechos y la evidencia objetiva son ampliamente superados por la existencia de creencias y prejuicios.

³ La traducción de los textos es propia.

Como puede comprobarse brillantemente en el documental producido por Netflix «The social dilemma», las redes sociales están contribuyendo a consolidar este nuevo espacio epistémico alejado del ideal de «espacio público» tan imprescindible para el mantenimiento de los sistemas democráticos.

Los premios Nobel, Duflo y Banerjee, se interrogan sobre la condición del nuevo espacio público en nuestras sociedades. En su libro (2020: 176), ambos autores ofrecen datos sobre la creciente polarización en la sociedad americana. Por ejemplo, si en 1960 apenas un 5% de los republicanos o los demócratas declaraban que se sentirían «descontentos» si alguno de sus hijos o hijas se casara con alguien que perteneciera a otro partido político, en 2010 esas cifras crecían al 50% para los votantes republicanos y al 30% para los votantes demócratas. En 1960, 33% de los demócratas y de los republicanos pensaban que un partidario «medio» de su bando era alguien inteligente frente a un 27% del bando contrario. En 2008 esas cifras eran, respectivamente del 62% y del 14%. Los autores otorgan una alta responsabilidad en este incremento de la polarización a las redes sociales que, como mencionan, «han fracasado ampliamente en unir a sus utilizadores en temas que dividen a la opinión pública» (2020, p. 177). Lejos de ser una plaza pública, las redes sociales se han convertido en cámaras de eco que repiten y amplifican los sonidos propios y son impermeables a los sonidos ajenos.

La gravedad de la situación, con todo, no es solo la fragmentación y la división, sino el hecho de que se ha quebrado la confianza horizontal básica que permite construir un espacio público digno de tal nombre. Si le niego al adversario las cualidades cognitivas y morales que le hacen merecedor de ser escuchado siquiera, simplemente no es posible el diálogo con el objetivo de encontrar la mejor opción posible para la comunidad. Yendo más lejos, puedo negar al adversario también cuestionando su compromiso con los valores esenciales de la nación porque sus propuestas y/o su identidad solo pueden ser codificadas como traición. La quiebra de este espacio público es un desafío mayor para la Ciencia Política porque hace inviable a medio plazo la convivencia en nuestras sociedades.

Por último, no podemos dejar de mencionar la pandemia de la COVID-19 y su impacto socio-político. El miedo inicial y la inercia institucional produjeron el milagro de una cierta unidad societal en respuesta al virus. El problema durante la primera ola fue, en general, la constatación de la fragilidad de los sistemas sanitarios públicos después de décadas de recortes presupuestarios y transferencia de recursos a la sanidad privada.

Con una cierta rapidez comenzó la politización de prácticamente cualquier medida tomada por las autoridades: el uso de las mascarillas, la intensidad de los confinamientos, la desconfianza respecto a la vacunación, la segregación de los ricos, la fractura generacional y, en los últimos tiempos, la aparición de una movilización significativa contra las medidas públicas de restricción, a través de la manipulación de un discurso en nombre de la libertad. La pandemia está lejos de haber acabado e interroga a la Ciencia Política sobre sus respuestas a problemas como: la legitimidad en tiempos de crisis de la democracia; si es posible reconstruir un espacio público digno de tal nombre que supere la polarización tóxica tan común en el debate político actual, y si es preciso algún tipo de regulación pública de las redes sociales en nombre de un bien mayor, la calidad de la información, clave para la salud de los sistemas democráticos.

Este somero repaso de algunos de los temas nos advierte que el debate que Sartori nos proponía sigue vigente. Los cambios profundos vividos por nuestras

sociedades en las últimas décadas afectan a nuestra disciplina, a sus objetivos, métodos y a su estatuto epistémico.

2. Una Ciencia Política para tiempos convulsos

Es difícil pensar la Ciencia Política al margen de la democracia. Precisamente, sus mayores potencialidades analíticas y propositivas son pensables en un entorno de libertad de pensamiento y de palabra, pero también de autonomía académica, de dotación suficiente de recursos y de respeto por el papel de la ciencia, en general y en la formación de una opinión pública libre. Todos estos aspectos están vinculados. Ya hemos visto, cómo mencionaba Easton, hasta qué punto el Macartismo contribuyó a favorecer una Ciencia Política «neutral» que, aceptando ese status, se enajenó del entorno que debería haber ayudado a interpretar. Como resultado de esta alienación académica, nuestra disciplina se vio incapaz de advertir del daño que estas prácticas de criminalización de la opinión disidente, de la estigmatización de la divergencia de opinión, de la delación social y de la centralidad del patriotismo tendrían para los sistemas democráticos.

Recordemos, para dar continuidad a esta relación entre Ciencia Política y democracia, que las Ciencias Sociales en general y la Ciencia Política en particular, sufrieron prohibición y persecución durante las dictaduras de los años 70 en el cono sur latinoamericano, particularmente en Argentina. Y cómo la redemocratización a partir de 1983 estimuló el interés por la democracia y los procesos de democratización. Un impulso particular a la Ciencia Política provino de la realización del Congreso de la *International Political Science Association* en 1991 en Buenos Aires.

El intelectual uruguayo Paulo Ravecca (2019) ha estudiado los casos de Chile y Uruguay durante la dictadura. En ambos casos, el objetivo es dar cuenta de la relación entre poder y Ciencia Política, el modo en que se alimentan y retroalimentan para, en esos casos, dar como resultado una Ciencia Social funcional al poder, acrítica y orientada a describir el funcionamiento del poder y mejorar su rendimiento. Esta evidencia lleva al autor a enfatizar la necesidad de una autorreflexión crítica por parte de la disciplina con el objetivo de desvelar las relaciones entre poder y Ciencia. Dice Ravecca: «Una de las premisas centrales del libro es que, dado que el conocimiento y el poder están imbricados, las dinámicas del poder han de ser aprendidas de forma profunda solo si analizamos los conocimientos “oficiales” que las reproducen a nivel de la *episteme*» (2019, p. 395). La conclusión de Ravecca, en debate con Ríos Sierra (2019), es que «*strictu sensu*, antes de la transición democrática no había Ciencia Política en el país» (2019 p. 397).

De hecho, a partir de los cambios democráticos ocurridos en Argentina y de la revalorización de la disciplina se desarrolló uno de los programas de investigación más creativo y fértil en la Ciencia Política contemporánea: el de transiciones democráticas desde gobiernos autoritarios, liderado por Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead (Leiras, 2005).

Y es difícil evitar tener en consideración el impacto que décadas de políticas neoliberales han tenido para las ciencias sociales en el impulso de marcos interpretativos que devalúan, cuando menos, el papel de la ciencia en general, particularmente de las ciencias sociales. Recordemos la afirmación de Margaret Thatcher, que se convirtió en auténtico mantra neoliberal en general, de que «la sociedad no existe. Hay individuos, hombres y mujeres y hay familias», decía en 1987. Una afirmación de esas características, convertida en política de Estado, no podía

dejar de impactar en el modo en que nuestra ciencia aborda los grandes temas de nuestro tiempo.

En 2015-2016, el entonces primer ministro francés, Manuel Valls, acusaba a la sociología de promover una «cultura de la excusa» en relación con actividades delictivas, incluyendo el terrorismo, según la cual se exoneraba a los responsables de las acciones en función de una supuesta responsabilidad social por su situación (Paternotte, 2020).

Los cambios que el neoliberalismo ha impulsado y que, hasta el momento, forman parte de nuestra realidad se refieren a un conjunto amplio de factores referidos, en parte, por Przeworski en el libro referenciado. Pero hay otros temas que forman parte de nuestra realidad y que están reconfigurando nuestro mundo de un modo tal, que se ha alterado sustancialmente los fundamentos socio-políticos que dieron sentido a nuestras sociedades hasta finales de la década de los 70.

Todos ellos, aunque no de la misma manera, impactan en el modo en que podemos pensar la Ciencia Política y en el modo en que consideramos que ésta debería responder: hablamos de la emergencia de la extrema derecha; de la soberanía y de los cambios en su naturaleza, resultado tanto de la globalización como de la consolidación de instancias supranacionales, de las que la UE sería un ejemplo; del nuevo papel de la religión en la vida pública –no solo en el islam sino en el cristianismo integrista o el evangelismo fundamentalista, de tanta importancia en Estados Unidos y algunos países de América Latina–; de los nuevos poderes digitales y las consecuencias que la transición digital está teniendo ya para el mundo del trabajo y para la calidad del debate en el espacio público; de la transición energética y de los problemas relacionados con el calentamiento global y la pérdida de la biodiversidad; del impacto y consecuencia de tres décadas de financiarización de la economía; de los efectos devastadores del incremento de la desigualdad, etc.

Todas estas cuestiones, tomadas tanto por separado como procesos que ocurren simultáneamente están modificando de manera cualitativa el mundo de la «política»: las instituciones, la democracia misma, el papel del estado, los partidos políticos, los movimientos sociales, la opinión pública, la creación de legitimidad y otros. En particular, el neoliberalismo ha impulsado dos procesos simultáneos de privatización con una elevada influencia política en nuestras sociedades y convivencia.

En primer lugar, la privatización y el proceso de mercantilización a todos los niveles asociado a la expansión del neoliberalismo. En este punto comparto la aproximación que Wendy Brown defiende (2018, 2017) y que, siguiendo a Foucault, define el neoliberalismo como una nueva racionalidad dominante. Una racionalidad que genera diferentes tipos de sujetos, formas o conductas sociales y un orden con significado y valores asociados. Entre ellos una consideración libertaria y autoritaria de la «libertad» anclada en el mercado como institución y en el *homo economicus* como ontología.

Wendy Brown (2017: 96 y ss.) nos ofrece un brillante análisis de la sentencia de la Corte Suprema en Estados Unidos conocida como *Citizens United*⁴, que eliminó todas las restricciones impuestas al dinero de las corporaciones en el proceso electoral. Tal y como la autora enfatiza, la sentencia es abiertamente neoliberal en un sentido obvio: borra las barreras jurídicas entre las corporaciones y los individuos en

⁴ Dictada por la Corte Suprema de Estados Unidos, el 21 de junio de 2010. La sentencia íntegra puede consultarse aquí: <https://www.law.cornell.edu/supct/cert/08-205>

relación con la libertad de expresión y hace inviables los esfuerzos para intentar limitar la influencia de las grandes corporaciones en la política. Modifica, por cierto, un siglo de jurisprudencia que apenas había conseguido limitar esta influencia. La sentencia va más allá de esos aspectos más evidentes y supone un paso decisivo en la neoliberalización de la política, en el sentido de eliminar cualquier barrera entre política y mercados, de manera que permite a las grandes corporaciones reconstruir el conjunto de la vida social y política como si fueran mercados con las reglas del mercado. Dice Brown: «Refunde el homo politicus como homo economicus y sustituye las valencias políticas distintivas (y distintivamente frágiles) de los derechos, la igualdad, la libertad, el acceso, la autonomía, la equidad, el estado y lo público por las valencias económicas de estos términos» (2018, p. 97). La sentencia defendida por el juez Kennedy construye una versión de la Primera Enmienda que sitúa los derechos humanos y civiles al mismo nivel que los derechos del capital.

En este primer sentido, la privatización ha sido el proceso que ha desatado al mercado de los condicionantes a los que le sujetaba el estado del bienestar y el pacto social de postguerra. Esto es incluso válido para un país con un estado del bienestar tan débil como Estados Unidos. Una vez el mercado, y los actores que operan en él, se sintieron liberados de las constricciones impuestas por el contrato social de postguerra, se puso de manifiesto hasta qué punto el mercado desregulado generaba una dinámica creciente e imparable de concentración de la riqueza y del poder, y cambiaba la dinámica política e institucional en nuestras sociedades. Los resultados de este proceso no dejan lugar a dudas: desigualdad creciente, concentración de riqueza, ascensor social fuera de servicio, corrupción, acceso de los privilegiados al poder, etc. Estos elementos han modificado radicalmente los procesos de regulación política pertenecientes al viejo modelo democrático. Los efectos más conocidos de este tsunami han afectado a la representación política y a la democracia misma, poniendo a ambas en cuestión y abriendo espacios para el surgimiento de liderazgos autoritarios que proponen un nuevo modelo de representación y de relación entre las instituciones y el pueblo.

El segundo proceso de privatización es consecuencia del primero y afecta a la capacidad regulatoria del estado y a su relación con los individuos. En virtud de esa defensa libertaria y autoritaria de la libertad se ha cuestionado la capacidad de las instituciones democráticas para regular aspectos sustanciales de opciones privadas en el espacio público: particularmente en el ámbito educativo, familiar e identitario. En nombre de esa visión de la libertad (Brown, 2018, p. 19) se subvierte la democracia con una moral antidemocrática o de valores «familiares» antes que con valores específicamente de mercado⁵. Un nuevo *ethos* privado, homogéneo, exclusivo y anclado en la familia como fundamento de la nación, que sustituye al imaginario público, pluralista, secular, democrático y nacional propio de las democracias liberales construidas tras la II Guerra Mundial.

Es importante reseñar que garantizar este nuevo imaginario privado, homogéneo y exclusivo requiere un Estado fuerte y un enfoque securitario de la convivencia. Es importante no confundir la demanda de un Estado fuerte con la existencia de un Estado regulador al modo keynesiano. Un Estado fuerte puede ser un atributo al servicio de proyectos políticos muy diversos; un Estado con capacidades económicas reguladoras solo es posible en un contexto democrático.

⁵ Los «valores familiares» entendidos dentro del patrón heteronormativo, con una atribución clásica de roles y con un cuestionamiento o represión de los derechos relacionados con otros modelos de sexualidad y de pareja.

En esta hiperbolización de una «identidad nacional auténtica», la cuestión migratoria y de género juegan un papel central (Rodrik, 2018; Kratsev, 2018). La cuestión migratoria porque sirve al propósito de generar antagonismos con fines políticos. Las personas migrantes serían, desde esta perspectiva: potenciales terroristas, vendrían a robar nuestro trabajo, son los responsables por las altas tasas de criminalidad, acosan a nuestras mujeres, etc.

Por lo que se refiere a las cuestiones de género, en primer lugar, todos aquellos modelos de relación que se salen del esquema heteronormativo son, en el mejor de los casos, tolerados y, en el peor, abiertamente reprimidos; y en todos ellos suelen considerarse ajenos o contrarios al «verdadero» espíritu nacional. En segundo lugar, la mujer ha dejado de ser sujeto de derechos para ver reconocida esta situación solo y a condición de ejercer adecuadamente su papel de madre y cuidadora en un modelo familiar con una asignación de roles patriarcal (Peto, 2017; Grzeblaska, 2018).

El impacto del neoliberalismo en la democracia ha dejado secuelas reconocibles en todos los países y ha preparado el terreno para la emergencia de partidos que, o bien proponen un modelo alternativo a la democracia liberal, o bien cuestionan abiertamente esta. La presencia de estas organizaciones políticas y su proyecto se ha convertido en un factor estable en nuestros sistemas políticos y ha tenido un notable impacto en la agenda política y en las políticas públicas.

Quiero detenerme ahora en intentar entender e interpretar este fenómeno con el fin de poner de manifiesto la nueva realidad que esta situación configura y que hace enormemente actual la frase que en 1835 afirmó Tocqueville: «Es necesaria una nueva ciencia política para un mundo completamente nuevo».

3. Las democracias iliberales y la Ciencia Política

Me gustaría poner un ejemplo del modo en que las democracias iliberales abordan un conflicto producido alrededor de un programa de estudios universitarios, con el fin de llamar la atención sobre esos condicionantes del poder a los que Ravecca hacía referencia, que condicionan y limitan las posibilidades de investigación libre en nuestras sociedades.

En 2017, la Universidad ELTE (*Eötvös Loránd Tudományegyetem*) de Budapest propone, por primera vez en Hungría (excluida la *Universidad Europea Central*), un Máster en estudios de género. La petición de acreditación había seguido su curso administrativo normal, lo que incluía la firma del ministro competente del ramo. Al final del período de inscripción se desata una intensa campaña contra el Máster, protagonizada por medios de comunicación y organizaciones relacionadas con el gobierno húngaro del primer ministro Orbán. Este caso coincidió con la apertura de un frente de ataque contra la Convención de Estambul (la Convención del Consejo de Europa sobre la prevención y lucha contra la violencia contra las mujeres y la violencia doméstica)⁶.

⁶ La Convención de Estambul fue firmada por el gobierno húngaro, pero no ha sido ratificada, procedimiento indispensable para su entrada en vigor. El gobierno del primer ministro Orbán ha hecho bandera de la no-ratificación afirmando que esta nunca se producirá mientras ellos estén en el gobierno. En 2018, el Fidesz (Unión Cívica Húngara, el partido de Orbán) hizo campaña electoral con este tema, afirmando que la victoria de la oposición significaría la ratificación de «la Convención de la ideología de género» (Kováts, 2019 y 2020).

En abril de 2017, el Parlamento húngaro votó la denominada Ley CEU (de la *Central European University*⁷, conocida como Universidad de Soros) que había sido puesta como ejemplo de intervención extranjera en los asuntos húngaros por parte del gobierno de Orbán. Un auténtico caso de legislación *ad hoc* que cumplió ampliamente sus objetivos. Aunque la justicia europea declaró ilegal la ley del gobierno Orbán, el daño ya estaba hecho, la CEU tuvo que trasladarse a Viena en 2018.

Casos similares han sido reportados en los últimos años en la Universidad de Zagreb, en Turquía o en la Universidad de San Petersburgo (Paternotte, 2020).

La sectarización, radicalización y división ideológica ha producido en los países de la Europa Central y Oriental una fisura que se está convirtiendo en un auténtico abismo social (Applebaum, 2020). Un fenómeno que quiebra una de las condiciones básicas para un funcionamiento saludable de los sistemas democráticos: el reconocimiento del otro/a como un igual, con los mismos derechos.

Probablemente, el uso del concepto gramsciano de «interregno» acuñado por el autor italiano alrededor de 1930 (Gramsci, 1971: 75) nos pueda ayudar a situar la dinámica de conflicto y perspectivas de la situación actual. En el concepto de interregno, como crisis de época y como período transitorio, encontramos dos ideas importantes cuya articulación ofrece una dinámica abierta de evolución de los acontecimientos: en primer lugar, la lucha entre lo nuevo y lo viejo se encuentra en una situación de *impasse*: lo nuevo aún no tiene la suficiente fuerza para imponerse y lo viejo no es tan débil como para desaparecer.

En segundo lugar, la idea de que estos procesos y situaciones hacen posible la emergencia de «monstruos», resultados improbables en la «antigua situación» pero que, sin embargo, se hacen visibles en este momento de transición y cambio. La consolidación de las llamadas «democracias iliberales», las nuevas «democracias electorales» cuya única condición democrática se reduce a la celebración de elecciones regulares y competitivas, daría cuenta de estos nuevos monstruos cuya presencia condiciona de manera importante tanto la evolución del período de transición como el modo en que se resolverá el conflicto entre lo nuevo y lo viejo.

El concepto de «democracia iliberal» fue utilizado por primera vez por el escritor y periodista Fareed Zakaria en 1997. El autor hacía referencia a la posibilidad de existencia de regímenes democráticos (elecciones libres y competitivas) sin constitucionalismo liberal (separación de poderes y libertades políticas y civiles). En este supuesto la evolución llevaría a estos regímenes a un importante deterioro de las libertades, altos niveles de centralización y conflicto social y civil (Zakaria, 1997).

Victor Orbán, el primer ministro húngaro, ha hecho suyo el concepto de democracia iliberal y lo ha convertido en una propuesta política. En un conocido discurso de 2014, Orbán propuso un «enfoque nacional» que sustituyera a la democracia liberal que, en su opinión, estaba agotada como propuesta histórica. El «enfoque nacional» se aleja de la separación de poderes, prima los valores comunitarios frente a derechos individuales y promueve la homogeneidad normativa frente a la diversidad o al pluralismo.

No obstante, el concepto de «democracia iliberal» es problemático y debería ser considerado, en sí mismo, un oxímoron (Sadurski, 2018: 9). Hablamos de

⁷ Véase la noticia en: <https://es.euronews.com/2017/04/06/la-controvertida-ley-ceu-hungara-como-funciona>

instituciones huecas que mantienen su formato, pero han cambiado radicalmente su sustancia. Tal y como Sadurski menciona:

estos regímenes se comportan como si fueran democracias constitucionales, pero, de hecho, son regímenes mayoritarios antes que consensuales, populistas antes que elitistas, nacionalistas como oposición al cosmopolitismo o religiosos en lugar de seculares. Las instituciones y los procedimientos permanecen iguales pero su sustancia ha cambiado radicalmente por la práctica (2018, p. 4).

Hasta ahora, las investigaciones que defienden versiones reducidas y minimalistas⁸ de la democracia ponen el acento en que lo sustancial es la capacidad para sustituir los gobiernos en funciones por otros a través de la participación electoral (Przeworski, 2019). Incluso en esta versión «básica» de los modelos democráticos, la condición de la sustitución pacífica de las personas que gobiernan a través del proceso electoral se hace problemática, como hemos visto en Estados Unidos. El propio Przeworski (2019, p. 7) reconoce que los cambios constitucionales tendentes a minimizar las posibilidades de perder las elecciones para los partidos en el poder y el desprecio a la opinión de los jueces en los litigios electorales hacen a estos modelos, simplemente, no democráticos.

El «iliberalismo» puede ser entendido como una respuesta en forma de nacionalismo mayoritario a la quiebra del modelo neoliberal global, modelo que ha formateado las relaciones entre individuo y Estado durante las últimas tres décadas (Grzebalska, 2017). El resultado es la combinación de elecciones competitivas y una sustantiva alteración de los procedimientos democráticos. Esta combinación, entre otras consecuencias, disminuye las opciones de la oposición y las perspectivas de un cambio democrático de gobierno (Kováts 2020, p. 79).

No estamos ante un fenómeno pasajero o transitorio cuya evolución natural hará que las cosas vuelvan al lugar en el que se encontraban antes de la irrupción de estos partidos. Los cambios producidos por tres décadas de políticas neoliberales son consistentes y han producido un cambio de escenario. Esta situación, interroga a la Ciencia Política sobre los cambios en la situación y sobre las perspectivas de evolución.

Defiendo la idea de que este fenómeno debe ser observado de manera global, al tiempo que no puede ser entendido sin las singularidades que el entorno geográfico, cultural y político les otorga.

Estamos ante un fenómeno global porque observamos situaciones similares de recomposición del sistema de partidos, crisis del modelo de representación política liberal y la emergencia de nuevos actores políticos y sociales que impugnan algunas de las consecuencias del modelo económico y social dominante, en una matriz de respuestas y propuestas políticas situadas en la extrema derecha del sistema de partidos vigente. Normalmente, la emergencia de estos nuevos actores viene impulsada por un liderazgo visible y carismático que se propone como «fuera del sistema de poder tradicional». Tal y como Brown señala (2018, p. 2) en relación con los liderazgos, se plantea el riesgo real de liderazgos antidemocráticos que erosionan elementos centrales de las sociedades liberal-democráticas: igualitarismo, pluralismo y prensa libre.

La situación actual es el resultado de diferentes variables coincidentes, pero lo que es relevante reseñar ahora es que la crisis de los sistemas políticos tiene que

⁸ Para una magnífica crítica a las concepciones minimalistas de la democracia, ver la aportación de Ramón Maiz (2009, pp. 97-140).

ver con el asalto neoliberal a los sistemas democráticos. Y, en este sentido, la emergencia de la extrema derecha es una consecuencia de ese debilitamiento de los sistemas democráticos producido por el propio neoliberalismo.

Este asalto se reconoce en varias narrativas que han terminado por afectar a los fundamentos sustantivos de las democracias representativas: la división de poderes, la calidad de la representación, la confianza en la participación política como un factor de control público o cambio, la pérdida de calidad de las elecciones como mecanismo de creación de legitimidad entre los partidos elegidos, etc.

Junto a este hecho, es muy importante destacar tres cuestiones adicionales: la primera es el modo en el que la inmigración se ha constituido como un elemento central –en un contexto de incertidumbre–, que articula tanto el extrañamiento de una parte de la sociedad respecto al sistema político como el creciente temor a la pérdida de identidad de los grupos nacionales históricos y al abandono de los «modelos de vida». Por eso, entre otras razones, la apelación a la vida (idealizada) de un pasado «ordenado y previsible» goza de tanto predicamento.

La segunda cuestión es la politización de la desigualdad. La desigualdad es el fenómeno más reseñable de la crisis y la politización de la desigualdad ha servido para alimentar el rencor contra el sistema político en su conjunto.

La tercera son las cuestiones alrededor de la perspectiva de género, y cómo este asunto se ha convertido en «creadora de sentido» para esta derecha radical. Un elemento clave en el proyecto iliberal en la Europa central y oriental está siendo el familismo, una forma de biopolítica que propone la familia tradicional como fundadora de la nación y subordina la autodeterminación personal y los derechos reproductivos tanto al ideal normativo de la familia como a las demandas de reproducción de la nación (Grzebalska, 2017).

La nueva situación no puede entenderse solo ni fundamentalmente desde la «bronca de los desheredados». La coalición social del malestar es muy amplia y está formada, de manera fundamental, por las clases medias sometidas por la crisis a una situación de «privación social», una brecha entre expectativas y realidades en un contexto de desestructuración social creciente.

Algunos autores (Rodríguez-Pose, 2018; Dijkstra *et al.*, 2018) interpretan la revuelta como la respuesta a la globalización de los «lugares que no importan» y no de «la gente que no importa», dando valor al impacto del declive industrial y de los modos de vida asociados a las poblaciones. Es la suma del declive industrial, de bajos niveles de educación y de la falta de empleo y de oportunidades a nivel local. La novedad, y la sorpresa, es que la respuesta social ha venido de la mano de las papeletas electorales; ha sido una rebelión en y desde las urnas la que ha hecho visible el malestar y la reacción.

Compartimos la idea de que la emergencia de la extrema derecha no puede ser explicada desde la movilización de los sectores desfavorecidos o los famosos grupos «perdedores de la globalización». No se trata de un «voto de protesta» ni de la expresión de la desesperación de las clases populares, sino de un factor de politización a través del voto (Camus, 2015, p. 240). Esto significa que el voto de extrema derecha es, del lado de la demanda, la expresión de un nuevo marco de interpretación de la sociedad y sus conflictos. Del lado de la oferta política, los nuevos partidos de extrema derecha están proponiendo un nuevo contrato social articulado a través de varias propuestas: nacionalismo excluyente, conservadurismo social, rechazo del cosmopolitismo y papel central de la familia.

Mudde propone dejar de considerar estos fenómenos como si la derecha radical constituyera una patología en las sociedades occidentales y cuyo éxito sólo pudiera ser explicado a partir de la existencia de «condiciones extremas» (Mudde, 2010). Destaca el autor que las ideas de la derecha populista radical no son ajenas a las ideologías *mainstream* en los países occidentales ni a actitudes y comportamientos muy presentes en nuestras sociedades.

De hecho, si observamos las respuestas de los partidos de derecha *mainstream* podemos observar diferentes estrategias adaptativas a la irrupción de estos partidos: despreciativa, acomodaticia o confrontacional (Golder, 2016). Pues bien, un estudio sobre el cambio ideológico en los sistemas de partido en Europa occidental muestra la existencia «de fuertes evidencias de acomodación por parte de los partidos *mainstream* y escasa evidencia de moderación por parte de los partidos de la derecha radical» (Wagner, 2017).

La extrema derecha, en sus diferentes versiones, ha conseguido articular una amplia coalición social e ideológica. El caso de Trump es particularmente llamativo en este punto: en su victoria de 2016 participaron tanto sectores populares afectados por el derrumbe de la industria tradicional como conservadores ideologizados (votantes tradicionales de los Republicanos), neoliberales antiestado y anti-impuestos, así como sectores tradicionales de clase media, personas que votaban al Partido Demócrata y que se habían sentido concernidas por los llamados al conservadurismo moral que Trump pregonaba.

Su derrota en las pasadas elecciones se ha producido manteniendo, en lo esencial, esa coalición socio-política, lo que nos ayuda a entender que se trata de proyectos con vocación de continuidad y orientados a la conquista del poder. Quiero decir que hay una pretensión constituyente en el populismo de derechas. Es decir, una voluntad firme de reconstruir el sistema político en una perspectiva no liberal. En este sentido el «iliberalismo» que preconizan personajes como Trump, Orbán o Salvini es una impugnación de la democracia misma, no solo de la liberal, y un intento firme por reducir la pluralidad política y criminalizar el conflicto social y la discrepancia.

Prácticamente en todos los casos, la retórica de Trump, como ejemplo de otros fenómenos similares, se articula a partir de dos ejes centrales: en primer lugar, el desafío a la legítima autoridad del «*establishment*». Según esta perspectiva, las élites son las responsables de la situación en general y particularmente de la situación de las personas más desfavorecidas, que han sido «abandonadas» a su suerte por estas élites.

Los objetivos favoritos de esta retórica incluyen los medios de comunicación (traidores al pueblo); las elecciones (que son consideradas fraudulentas salvo que gane la persona o el partido que representa a la extrema derecha); la clase política (corrupta y vividores); los partidos políticos (disfuncionales); el funcionariado del sector público (expresión de la burocracia y del llamado «estado profundo»); la judicatura; los universitarios y la intelectualidad (arrogantes); el sector científico (¿para qué necesitamos personal experto?), etc.

Lo importante es que la descalificación de las élites no es funcional: no se les impugna por lo que hacen mal en el desempeño de su tarea, sino que se trata de una impugnación moral, lo sustantivo es que están equivocadas en su núcleo de valores y eso las inhabilita como representantes de la sociedad y del «pueblo». Es una despolitización del conflicto social al servicio de un liderazgo que daría seguridad a la

comunidad política frente a las amenazas externas e internas, inexistentes en la realidad, pero reales en la narrativa.

El segundo elemento compartido se refiere a que la única fuente legítima de autoridad moral y política proviene del pueblo. Entendido este de un modo muy poco definido y concreto. Por esta vía, nuevamente, se eliminan las «organizaciones de mediación», partidos, sindicatos, asociaciones, instituciones, etc., y se sobredimensiona el papel del liderazgo como articulador y defensor de los verdaderos valores del pueblo.

Habría que añadir que se ha enfatizado como elemento común el uso de las redes sociales y nuevos medios de comunicación *online* en el desarrollo y difusión de estas ideas, pero lo cierto es que nada de esto hubiera sido posible sin, por una parte, el desplazamiento hacia la extrema derecha de una parte de los partidos *mainstream*, que han «normalizado» los discursos confrontacionales y el lenguaje del odio; y, en segundo lugar, sin el papel jugado por algunos medios de comunicación tradicionales en ese desplazamiento del «sentido común» en el ámbito de la derecha.

Sin embargo, observamos una amplia gama de matices y de especificidades que responden a patrones culturales y políticos propios de cada país o región, o a situaciones históricas compartidas por varios países que producen similares tipos de respuesta. Estas singularidades ayudan a entender las diferencias entre las extremas derechas en Europa.

Por ejemplo, en la Europa central y oriental no podemos dejar de considerar los efectos de la transición económica y política tras el fin del socialismo real. En todos los casos se aplicaron dramáticas medidas económicas, encuadradas dentro de lo que se denominó «terapia de choque», esto es, un programa económico de reforma radical con el objetivo político de hacer irreversibles las reformas, introduciendo las normas de mercado competitivo sin transición y sin apenas medidas paliativas. Los efectos sociales de estas medidas (desempleo, pobreza) han sido ampliamente constatados y han jugado un papel muy relevante en la configuración de la respuesta política dada por estas sociedades y en la reestructuración de los sistemas políticos.

Una primera consecuencia ha sido la alta volatilidad de los sistemas de representación en estos países. El sistema de partidos ha cambiado prácticamente de elección a elección y las marcas de división entre la derecha y la izquierda se han ido difuminando. Un segundo elemento asociado al anterior es que el consenso sobre las transiciones económica y política tuvo un amplísimo respaldo político entre las fuerzas surgidas de las ruinas del viejo modelo de socialismo real. Esto quiere decir que el malestar y el desencanto por la situación y por la quiebra de expectativas se expresó, primero, como «abandono de las urnas». En estos países se dieron tasas de participación inusualmente bajas en los modelos democráticos.

La repolitización vino, por eso, de actores, discursos y propuestas que fueron, inicialmente, *outsiders* de la política. Y que articularon un programa que recogía la nostalgia por la pertenencia y sentido de comunidad propia de la tradición socialista en una versión abiertamente conservadora, con medidas sociales al servicio de una reinterpretación conservadora de la convivencia social (familista y natalista principalmente), un sentido patrimonial del Estado (la función pública para los leales) y un abierto desprecio por los equilibrios de poder propio de las democracias liberales. Mudde (2010) destaca que las tres características más importantes de la derecha radical son su nativismo, autoritarismo y populismo.

En algunos países la lucha contra la corrupción se convirtió en un importante catalizador de la movilización social y de la visibilización de partidos y movimientos minoritarios hasta ese momento.

Hay otros elementos históricos presentes en este espacio geográfico que ayudan, igualmente, a entender la centralidad del hecho nacional y que refuerzan la visión homogénea del Estado. Uno de estos elementos destacados es que, en países como Hungría, Polonia, Rumanía o Bulgaria, la construcción de la nación sigue siendo un factor político a considerar. En parte porque estos países cuentan con la presencia de importantes minorías en su territorio que movilizan los sentimientos de la nación mayoritaria en busca de una identidad reconocible.

Y no podemos dejar de señalar que, por razones migratorias, como consecuencia de los movimientos geopolíticos tras la II Guerra Mundial tras el fin del bloque socialista, algunos de estos países incluyen en su comunidad política importantes contingentes nacionales en el exterior. Este anhelo de «nación homogénea» establece importantes vasos comunicantes con otras reivindicaciones que se vinculan a la identidad nacional buscada, entre otros, el papel de la familia o la originalidad cultural del país, y todos ellos establecen límites a lo diverso y diferente.

El factor migratorio ha sido un elemento determinante para entender los cambios en esta zona de Europa (Kratsev, 2019). La enorme migración producida en esta región de Europa, posterior a 1989, despertó los miedos de la desaparición de la nación y explica, en parte, la abierta hostilidad frente a la crisis de refugiados de 2015-2016 en toda la región, incluso sabiendo que casi ningún refugiado se ha instalado en estos países. Este temor, junto a la existencia de un riesgo real de hundimiento demográfico, ayuda a entender que en sociedades envejecidas, de pequeño tamaño y étnicamente homogéneas, la repentina radicalización de los sentimientos nacionales (Kratsev, 2019, p. 65).

En este sentido, para las fuerzas iliberales de Varsovia o Budapest, la crisis migratoria ha sido la ocasión para valorizar su propia «marca» frente a una Europa que no funciona y que pretende colonizar y sustituir los modos de vida legítimos y autóctonos propios de estos países.

La articulación del tema migratorio con las propuestas programáticas antifeministas dibuja un mapa matizado en el ámbito de la extrema derecha, donde las constantes más persistentes hacen referencia a una idea homogénea de nación, la recreación de una comunidad donde los derechos individuales se subordinan a derechos colectivos. En una buena parte de las propuestas de extrema derecha la familia ocupa este lugar de ente político sujeto de derechos.

Algunas teóricas del feminismo de los países de la Europa del Este (Grzebalska, 2016; Kováts, 2018) subrayan la relación entre la lucha anti-género y otros elementos de la crisis social y política en la que los partidos de extrema derecha se inscriben. Estas autoras destacan que la democracia liberal actualmente existente tiene muy poco que ofrecer a la mayoría de la población. Mencionan el deterioro de las condiciones de vida y trabajo para una mayoría, la quiebra de las expectativas de las clases medias o, como antes mencionábamos, la evidencia de que hay lugares que han dejado de importar para los gobiernos y las élites económicas y políticas. Pero se trata también de una importante pérdida de sentido, de pertenencia y de confianza.

El incremento de la desigualdad económica ha quebrado la confianza en las reglas del juego. Tal y como señala Rodrik (2018), la confluencia de la globalización,

automatización y nuevas tecnologías digitales jugó un importante papel en la desindustrialización y en la distribución desigual de ingresos. Pero a diferencia de los otros procesos, la globalización en particular asociada a los tratados de libre comercio ha simbolizado el estigma de una competición trucada y la quiebra del contrato social de la posguerra.

Esa desconfianza creciente ha venido asociada a la evidencia de que los gobiernos nacionales se encuentran atrapados en constelaciones internacionales que limitan su capacidad de actuación. Además, la dimensión global de la economía se entiende solo a nivel mundial, con flujos financieros, económicos y comerciales que trascienden la capacidad de los estados para limitarlos, controlarlos o, siquiera sea, regularlos. De manera que la idea subyacente a los partidos mayoritarios de centro-izquierda-derecha de que «no hay alternativa a la política», que ha sido el pensamiento dominante en Europa desde finales de los 80 del pasado siglo, se ha terminado por volver contra la propia democracia liberal.

Pero tan importante como esta dimensión política de la desigualdad es la pérdida de sentido y de pertenencia que muchas sociedades han vivido y que está detrás de esta respuesta reaccionaria contra el liberalismo. El mundo dividido entre las *somewhere* (personas que pertenecen a algún lugar) y las *nowhere* (personas que no pertenecen a ningún lugar) (Goodhart, 2019); entre las que reclaman la pertenencia a un espacio geopolítico y a una identidad supuestamente asociada y aquellas que se sienten ciudadanas del mundo a través de las tecnologías de la información.

En este contexto, las autoras antes mencionadas relacionan esta reacción anti-género con otras formas de contestación y radicalización de la extrema derecha frente a la crisis de la democracia. En este sentido, el movimiento anti-género sería no tanto y no solo un problema para el feminismo, sino una amenaza para la democracia liberal, un auténtico caballo de Troya con la pretensión de producir profundas transformaciones en los sistemas políticos y sociales.

Las propuestas anti-género operan como un elemento con una poderosa capacidad de articular diferentes actores y propuestas bajo un mismo paraguas, con una pretensión abiertamente transformadora en relación con el orden actualmente existente. Esta capacidad se refiere tanto a la impugnación del orden cosmopolita neoliberal como a la pretensión de recrear una comunidad ideal en un entorno crecientemente alienante.

La impugnación de la democracia liberal, pero también de cualquier otro tipo de democracia en la que el Estado como institución reguladora pudiera jugar un papel relevante, se hace desde la defensa de un nuevo tipo de sujeto político dotado de derechos: la familia. Así, los derechos individuales solo han de ser protegidos por el estado de manera subordinada a los derechos de la familia, pues se considera que ésta tiene plenas capacidades para decidir sobre la vida de sus miembros. La impugnación del feminismo y la lucha anti-género toma este estandarte como bandera contra la «intervención del Estado» en los derechos de las familias y esto afecta a la regulación pública en la educación, en hospitales, en la justicia o casi en cualquier otro ámbito.

El género proporciona el teatro para luchar por la hegemonía en el sentido gramsciano de la expresión, facilita el encuentro de diferentes actores y permite enunciar la confrontación política en términos de ellos/nosotros. Pero es importante destacar que el género no es, necesariamente, el único y principal objetivo de estos movimientos y partidos políticos.

Diferentes estudios (Patternote, 2015; Corredor, 2019; Zacharenco, 2020) señalan a la Iglesia Católica en Europa como una institución clave para entender esta respuesta reaccionaria contra la modernidad. La Iglesia Católica ha jugado también un papel muy importante en la articulación social de un movimiento contra la llamada «ideología de género», que ha proporcionado propuestas programáticas y que ha tenido, además, una importante capacidad de articulación social.

La amplia coalición socio-política alrededor de estas propuestas ha permitido a las diferentes extremas derechas adquirir una importante notoriedad y relevancia. Esta visibilidad y capacidad de actuación política se reconoce en cuatro ámbitos que dan cuenta del modo en que las extremas derechas impactan en el proceso político.

En primer lugar, por el hecho de que introducen en el mismo nuevos tipos de actores y elementos de acción colectiva (en función de sus fortalezas y estrategias). En segundo lugar, porque incorporan nuevos procesos y vías de interacción entre los diferentes actores. En general, los partidos de extrema derecha han hecho particularmente notorio un estilo confrontacional abierto y sin complejos. En tercer lugar, porque, cuando les es posible, producen importantes cambios políticos con significación para el conjunto del régimen. En cuarto lugar, porque amplían la oferta electoral permitiendo al electorado utilizar su voto como una herramienta de intervención real en el plano político, dotando a estos partidos de un importante poder de negociación o de chantaje.

Un elemento a resaltar por lo que se refiere a la participación de las extremas derechas en el proceso político es la relación que establecen con otros actores políticos de su espacio de influencia, especialmente los partidos *mainstream* de extrema derecha.

En el estudio de Wagner y Meyer (2017), el proceso más común remite a la acomodación que los partidos de la derecha mayoritaria hacen respecto a las extremas derechas emergentes. La explicación de este desplazamiento se explica por la voluntad de los partidos mayoritarios de dificultar el desplazamiento del electorado a los nuevos partidos e impedir que sean partidos antidemocráticos los que representen algunas de las nuevas preocupaciones sociales. Pero lo cierto es que la experiencia dice que una vez los partidos de derecha mayoritarios incorporan algunas de las reivindicaciones más señaladas de la extrema derecha, no se observan diferencias respecto al contenido y modo en que estas se defienden. Y, además, se subvalora el desplazamiento hacia propuestas homogeneizadoras en todos los órdenes. De esta manera, los sistemas democráticos liberales terminan por parecerse enormemente a las democracias iliberales al estilo Orbán o Trump.

En suma, en las últimas décadas hemos asistido a una importante derechización de nuestras sociedades que se explica tanto por el lado de la demanda, los cambios tectónicos que ha vivido el conjunto del planeta; como por el lado de la oferta, la emergencia de nuevos actores políticos con capacidad para reformular los conflictos, re-politizarlos con nuevas propuestas e intentar cambiar, de este modo el sistema político en su conjunto.

En este contexto la emergencia de los partidos de extrema derecha es un fenómeno radicalmente nuevo respecto a su alcance, significación y perdurabilidad. En la consolidación de este nuevo fenómeno, la inmigración y la lucha contra la llamada «ideología de género» funciona como un poderoso aglutinante entre diferentes actores políticos y sociales. Y está contribuyendo a generar un paraguas interpretativo y programático desde el que reconstruir los sistemas políticos existentes. Las extremas derechas tienen una vocación de perdurar y condiciones

para hacerlo. En la medida en que esto sea así, necesitamos conocer mejor las razones de esa capacidad para haberse convertido en una parte significativa de la representación de la rabia contra el sistema neoliberal, pero también en un espacio de reclamación de pertenencia y sentido.

4. Y a la Ciencia Política, ¿debería importarle todo esto?

El conjunto de los fenómenos descritos: globalización; emergencia y consolidación de partidos de extrema derecha como actores significativos en los sistemas de partidos; incremento de la desigualdad y sus efectos socio-políticos; crisis de la representación democrática y de la democracia misma, etc., está teniendo un enorme impacto social y produciendo cambios apreciables en nuestros sistemas constitucionales y en nuestros modelos de convivencia.

El resultado es que no podemos seguir estudiando los procesos políticos de la misma manera y con las mismas herramientas. Los cambios afectan a todos los ámbitos en los que la Ciencia Política puede pretender decir algo: el papel de la Constitución, de las instituciones, el equilibrio de poderes, la libertad de prensa, los sistemas electorales, el papel de los partidos políticos, los derechos de reunión y el derecho mismo a disentir. La cuestión de fondo, además, nos conduce a una cuestión de carácter normativo que no podemos eludir: la defensa de los sistemas democráticos.

Si la Ciencia Política vive a condición de que la salud de los sistemas democráticos esté garantizada, entonces tenemos razones sobradas para sentirnos preocupados por el futuro de nuestra disciplina.

Los últimos años han conocido un importante incremento de los estudios sobre estos fenómenos en un intento por explicarlos. A lo largo de este artículo hemos mencionado algunos de estos empeños y sus principales aportaciones. Quisiera destacar de estos estudios algunos elementos que me parecen significativos:

- a) El debate terminológico y conceptual: ¿cómo calificamos estas organizaciones y su ideología?
- b) ¿Cómo podemos explicar el éxito de estos partidos?
- c) Una cierta vocación multidisciplinar que intenta combinar aspectos económicos, institucionales, sociológicos y culturales.
- d) Propuestas para intentar abordar la crisis de legitimidad y representatividad de nuestros sistemas políticos.

Todas ellas son, no obstante, cuestiones de un importante calado teórico que precisa, también, de estudios cuantitativos que nos permitan conocer mejor las opiniones y el modo en que se construyen, de las personas que votan a partidos de extrema derecha; los sentimientos en relación con la pertenencia a una comunidad y las amenazas a esta convivencia; la evolución de la desconfianza hacia las instituciones; las razones para confiar en liderazgos autoritarios y confrontacionales.

Las sociedades se enfrentan a una situación excepcional y la versión liberal de la democracia se encuentra en crisis y cuestionada desde diferentes ámbitos. Pero, hasta ahora, la versión iliberal que surge como alternativa resulta irreconocible como democracia, a pesar de conservar algunos de sus rasgos. Si esta es la situación, la Ciencia Política no puede mantenerse al margen defendiendo una inexistente e incomprensible neutralidad. La vitalidad de la democracia es, también, la vitalidad de nuestra disciplina. En este sentido necesitamos que la Teoría Política recupere un

lugar de privilegio en nuestra disciplina con el propósito de volver a poner en valor los estudios teóricos con una vocación decidida de ofrecer herramientas para mejorar los sistemas democráticos y ayudar a limitar la consolidación de la democracia iliberal en sus distintas variantes.

Grzebalska y Peto (2017), dos de las autoras mencionadas en este trabajo, utilizan la metáfora del polípero, un tipo de hongo que ataca árboles enfermos hasta consumirlos, para referirse a la democracia iliberal. El parásito crece sobre la base de la descomposición de su anfitrión. Como el polípero, la democracia iliberal parasita la democracia existente y utiliza sus recursos para crecer. El polípero que agota las democracias y las convierte en irreconocibles ataca también a la Ciencia Política. Este es un buen momento para hacer lo posible por fortalecer ambas sobre la base de la mezcla metodológica, compromiso normativo con la democracia y la multidisciplinariedad.

Bibliografía

- Applebaum, A. (2020). *Twilight of democracy. The failure of politics and the parting of friends*. New York: Allen Lane and Penguin Random House.
- Brown, W. (2017). Neoliberalism and the economization of rights. En P. Deutscher y C. Lafont (eds.), *Critical theory in critical times. Transforming the global political&economic order* (pp. 91-116). New York: Columbia University Press.
- Brown, W. (2018). Neoliberalism's Frankenstein. Authoritarian Freedom in Twenty-First Century Democracies. En W. Brown, P.E. Gordon, M. Pansky. *Authoritarianism. Three inquiries in critical Theory* (pp. 7-43). Chicago: The University of Chicago Press.
- Camus, J.Y. y Lebourg, N. (2015), *Les droits extrêmes en Europe*. Paris: Editions du Seuil.
- Chaves, P., De las Heras, S., Pardo, M. (2021). La extrema derecha y el antifeminismo en Europa. Informe de situación. *Espacio Público*. Recuperado de <https://espacio-publico.com/wp-content/uploads/2021/06/Informe-version-final.pdf>
- Costantino, G. (Abril, 2019). Leo Strauss y la nueva ciencia política. *Researchgate*. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/332607774_Leo_Strauss_y_la_nueva_ciencia_politica.
- Dijkstra, L., Poelman, H. y Rodríguez-Pose, A. (2018). The geography of EU discontent. *Regional and Urban Policies Working Papers WP12/2018. Publications Office of the European Union, Luxembourg*. Recuperado de: https://ec.europa.eu/regional_policy/sources/docgener/work/2018_02_geog_discontent.pdf
- Duflo, E. y V. Banerjee A. (2020). *Économie utile pour des temps difficiles*. Editions Seuil, France.
- Golder, M. (2016). Far right parties in Europe. *The Annual Review of Political Science*, pp. 477-497.
- Goodhart, D. (2019). *Les deux clans. La nouvelle fracture mondiale*. Paris: Les Arenes.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Grzebalska, W. y Peto, A. (2018). The gendered modus operandi of the illiberal transformation in Hungary and Poland. *Women's Studies International Forum*. Volume 68, pp. 164-172. <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0277539517300882>
- Kováts, E. (2020). Post-socialist conditions and the Orbán government's. *Gender*

- politics between 2010 and 2019 in Hungary. En G. Dietze y J. Roth (eds), *Right-wing populism and gender. European perspectives beyond 2020* (pp. 75-100). EEUU: Columbia University Press.
- Kratsev, I. y Holmes, S. (2018). *Le momen illiberal. Trump, Poutine, Xi Jinping: pourquoi l'occident a perdu la paix*. Paris: Fayard.
- Krizsan, A. y Roggeband, C. (2019). Mapping the gendered implications of democratic backsliding in the countries of the CEE Region. En A. Krizsan y C. Roggeband (eds), *Gendering Democratic Backsliding in Central and Eastern Europe. A comparative agenda* (pp. 4-30). Budapest: Central European University.
- Easton, D. (1985). Political Science in the United States: past and present. *International Political Science Review / Revue internationale de science politique*, 6(1), pp. 133-152.
- Laitín, D.D. (2005). ¿Adónde va la ciencia política? Reflexiones sobre la afirmación del profesor Sartori de que «la ciencia política estadounidense no va a ningún lado». *Revista Española de Ciencia Política*, 12, pp. 15-20.
- Leiras, M., Abal Medina, J. y D'Alessandro, M. (2005). La ciencia política en Argentina: el camino de la institucionalización dentro y fuera de las aulas universitarias. *Revista de Ciencia Política (Santiago de Chile)*, 25(1), pp. 76-91.
- Lewandosky, S., Ecker, U.K.H. y Cook, J. (2017). Beyond Misinformation: understanding and coping with the «post-truth» era. *Journal of Applied Research in Memory and Cognition*, 6, pp. 353-369.
- Maíz, R. (2015). Saliendo de la caverna. La Teoría Política entre *bios theoretikos* y *bios politikos*. En I. Wences (2015), *Tomando en serio la Teoría Política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio del erizo* (pp. 97-142). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Paternotte, D. y Verloo, M. (2020). Political Science at risk in Europe. Frailness and study of power. En T. Boncour, I. Engeli y D. Garzia. (2020). *Political Science in Europe: achievements, challenges, prospects* (pp. 287-310). London: ECR Press y Rotwan & Littlefield.
- Peto, A., Köttig, M. y Bitzan, R. (eds.) (2017). *Gender and far right politics in Europe*. London: Palgrave MacMillan.
- Przeworski, Adam (2019), *Crises of democracy*. Cambridge University Press.
- Ravecca, P. (2019). Respuesta a Jerónimo Ríos Sierra y Diego Rossello. *Eunomia. Revista en Cultura de la Legalidad*, 17, pp. 394-403. doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2019.5044>.
- Ríos Sierra, J. (2019). Política y Ciencia Política en América Latina o cuando el poder interfiere en la forma de producir conocimiento en la región. Comentario a Paulo Ravecca, The Politics of Political Science: Re-Writing Latin American Experiences. *Eunomia. Revista en Cultura de la Legalidad*, 17, pp. 382-387. doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2019.5042>
- Ricci, D. M. (1987). *The Tragedy of Political Science: Politics, Scholarship, and Democracy*. London: Yale University Press.
- Rodríguez-Pose, A. (2018). The revenge of the places that don't matter (and what to do about it). *Cambridge Journal of Regions*, 2018/11, pp. 189-209.
- Rodrik, D. (2018). Populism and the economics of globalization. *Journal of International Business Policy*, 1(1-1), pp. 12-33.
- Rossello, D. (2019). Politizando la Ciencia Política: Paulo Ravecca y el “yo disciplinar” de la ciencia política latinoamericana. Comentario a Paulo Ravecca, The Politics of Political Science: Re-Writing Latin American Experiences. *Eunomia. Revista en Cultura de la Legalidad*, 17, pp. 388-393. doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2019.5043>
- Sadurski, W. (2018), How democracies dies (in Poland): A case study of anti-constitutional backsliding. *University of Sidney. Legal Studies Research Paper n° 18/01*.
- Sartori, G. (2005). ¿Hacia donde va la Ciencia Política?. *Revista Española de Ciencia*

- Política*. 12, pp. 9-13.
- Wagner, M. y Meyer, T. M. (2017). The radical right as niche parties? The ideological landscape of Party Systems in Western Europe, 1980-2014. *Political Studies*, 65, pp. 84-107.
- Wences, I. (ed.) (2015). *Tomando en serio la Teoría Política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio del erizo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Wences, I. (2015b). ¿Por qué debe importarnos la Teoría Política? En I. Wences, Isabel (ed.), *Tomando en serio la Teoría Política. Entre las herramientas del zorro y el ingenio del erizo* (pp. 17-62). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Zolo, D. (2007). La «tragedia» de la Ciencia Política. *Temas y debates*, 14(Dossier), pp. 51-69.